



Pensamiento Patibulario

la discusión sobre la pena de muerte

Prof. Dr. Dr. H. C. Mult. Eugenio Raúl Zaffaroni
Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Portal Iberoamericano de las Ciencias Penales
<http://www.cienciaspenales.net>

(Prólogo a M. C. Videla, J. F. Reboledo, Pena de muerte. Un tema para reflexionar, Ediciones Jurídicas Cuyo, Mendoza, 2000)

[**w w w . c i e n c i a s p e n a l e s . n e t**]

PENSAMIENTO PATIBULARIO

POR EUGENIO RAÚL ZAFFARONI



(Prólogo a M. C. Videla, J. F. Reboledo, *Pena de muerte. Un tema para reflexionar*, Ediciones Jurídicas Cuyo, Mendoza, 2000)

El texto que el lector tiene en sus manos es meridianamente claro. Pueden o no compartirse todas las opiniones de sus autores, pero más allá de las cuestiones puntuales, es suficientemente demostrativo de la irracionalidad de la llamada pena de muerte u homicidio estatal. El público no especializado hallará en sus páginas los argumentos troncales de esta demostración. Por ende, no es cometido del prologuista reiterar lo que los autores expresan con precisión y transparencia.

No obstante, creo que el lector puede terminar la lectura con algún desconcierto. Si la pena de muerte es innecesaria, cruel, selectiva e injusta, son varias las preguntas que demandan respuesta. No se explica por qué no la condenan todos los organismos internacionales, por qué no desaparece de todas las leyes del mundo, por qué se mantiene en países democráticos como los Estados Unidos, por qué las religiones institucionalizadas no la condenan con mayor fuerza y encabezan una formidable cruzada por su abolición, por qué vuelve de vez en cuando su propuesta en nuestros países latinoamericanos. En una palabra, por qué no muere el pensamiento patibulario.

Estas preguntas exigen una aclaración previa: la opinión especializada rechaza el pensamiento patibulario casi unánimemente. Incluso en los Estados Unidos no hay criminólogos de prestigio que lo sigan. En Europa, también la unanimidad del mundo científico es total a este respecto. Por supuesto que en cualquier lugar del mundo puede presentarse alguien como penalista o criminólogo de prestigio y apoyar el pensamiento patibulario, del mismo modo que en las propagandas de pasta dentífrica se muestra un supuesto odontólogo que las aconseja por su contenido de algo que nadie sabe qué es, pero lo cierto es que no existe un verdadero debate científico en el mundo académico sobre la pena de muerte. Es claro, por ende, que el campo de este debate es exclusivo de

la política y de los medios masivos. Por ende, las anteriores preguntas podrían reformularse sintéticamente en otra: ¿Por qué el pensamiento patibulario, condenado científicamente, es aún motivo de discusión política con alta proyección mediática? Con frecuencia, los jóvenes suelen desconcertarse al enfrentar los problemas penales y tienen cierta sensación de impotencia ante las contradicciones de la realidad. No es posible negar que la búsqueda de límites al poder punitivo parece marchar a contramano de la realidad globalizadora. Estamos viviendo un momento nuevo del poder mundial, que es la globalización, hija de la revolución tecnológica, especialmente en el área de la comunicación. Sus principales características son la potenciación de la velocidad de comunicación y el desplazamiento de capitales sin costo por toda la superficie del planeta. Los capitales viajan buscando mano de obra más barata, pero la mano de obra no puede desplazarse con igual facilidad.

Amplias regiones del planeta parecen abandonadas a la autodestrucción, como África. Otras, como América Latina, van retrocediendo a las condiciones de las ciudades europeas en los comienzos de la revolución industrial. La diferencia consiste en que la primera concentración urbana europea (siglo XVIII) provenía del campo, en tanto que las poblaciones actuales son de origen urbano y con entrenamiento industrial, o sea, clases medias, medias bajas y obreras, que se van hundiendo al ser expelidas del sistema y se ven paulatinamente impulsadas a las condiciones de vida de las que en muchos casos huyeron sus propios antepasados europeos.

Al igual que en el siglo XVIII, la miseria y la riqueza se concentran en las ciudades; los conflictos urbanos se multiplican; la violencia aumenta en todos los órdenes. En el siglo XVIII los privilegiados inventaron las policías para proteger su riqueza, la misma a la que los médicos prestaron su discurso años después para explicar biológicamente la inferioridad de las clases peligrosas urbanas. Los ingleses y los franceses acudieron a la relegación para eliminar a sus clases peligrosas. Otras las empujaron a la emigración. Hoy estas posibilidades no existen. No sólo no se pueden eliminar las nuevas clases peligrosas, sino que se incrementan porque los desheredados del mundo se desplazan como pueden hacia los islotes de bienestar que aún persisten, y éstos se atrincheran con nuevos muros y responsabilizan de todos sus males a los que llegan buscando subsistir.

El capital busca mayor renta también pagando menos impuestos, o sea, donde hay menos dinero para planes sociales. Y también lo hace a costa de menores controles, o sea, de la calidad de sus productos o servicios, lo que implica mayores riesgos. La calle se ha vuelto peligrosa por la polarización de riqueza y la proliferación creciente de excluidos, pero también es peligrosa la casa. El mundo se ha vuelto peligroso y tiende a serlo aún más. Es la sociedad

de riesgo. Los políticos han perdido su capacidad de mediación tradicional entre las fuerzas productivas del capital y del trabajo. No tienen interlocutores por el lado del capital. Empleados de conglomerados anónimos, que se cambian como los chips de un ingenio electrónico, no tienen autoridad para negociar y establecer reglas. No hay otra regla que la lógica férrea de la mayor rentabilidad en el menor tiempo. El que viola esta regla es barrido inmediatamente por el que la respeta, aunque ese acatamiento importe cometer los más graves delitos.

No es verdad que haya un mundo desregulado, sino un mundo monoregulado según el principio de la renta mayor e inmediata. El propio chip que alquila a buen precio su cara visible al conglomerado de capitales está en alto riesgo. La sociedad es de riesgo para todos, y en ese marco deja de haber ética. Como recordaba Welzel en su artículo póstumo¹ (1) en el campo de concentración, cuando cada uno trata de sobrevivir en un riesgo altísimo, no hay espacios para la ética. De esta falta de espacio ético participan también los políticos, que son parte de un estado impotente y, por ende, se hallan impotentes frente a la conflictividad social creciente y violenta. No tienen respuestas y, sin embargo, deben seguir actuando como si las tuviesen. Deben proporcionar seguridad cuando no tienen cómo hacerlo. Al mismo tiempo la actividad política ha perdido inmediatez: el político es un personaje televisivo, del mismo modo que un actor o un deportista del jet set. Debe enviar mensajes a un público sin rostro, a millones que lo miran desde el ojo de la cámara de televisión. Si no puede dar seguridad, lo que le resta para no perder la confianza es fingir que la proporciona. El político pierde la *grâce du naturel*, representa un papel, lo asume, se consustancia con su personaje, se convierte en el personaje mismo, cae en el manierismo y su discurso es parte de un espectáculo: el estado mismo se convierte en un gran espectáculo².

El político espectáculo no piensa más que en tácticas, se convierte en un gran táctico sin estrategia y urgido por la necesidad de sobrevivir que le impone la despiadada competencia por el poder, lo hace fuera de todo espacio ético. La tecnología le pone a su disposición las encuestas y por ende, su mensaje se orienta a no contradecir ninguna opinión dominante en la población. La política pierde su alta función formadora, para convertirse en una técnica destinada a convencer a las mayorías de que está totalmente convencido de lo que éstas creen y, si es posible, racionalizarlo agregándole aún mayores argumentos con la mayor elocuencia y firmeza que la capacidad actoral del operador lo permita.

¹ Hans Welzel, "Ética y derecho", en "Revista Argentina de Ciencias Penales", Buenos Aires, 1977.

² Roger-Gérard Schwartzemberg, *o Estado espetáculo*, Sao Paulo, 1978.

El político espectáculo de nuestros días de globalización no sería capaz de sostener que la tierra gira alrededor del sol si afortunadamente no hiciese siglos que se lo ha admitido. Volvería a condenar a Servet y seguiría quemando brujas si otros no hubiesen dejado de hacerlo. También condenaría a los judíos en Alemania si no hubiesen perdido la guerra los nazis. Y lo harían para no contradecir las opiniones de las mayorías.

En esta lucha por los votos, lejos de contribuir el discurso político a la racionalidad, apela a la emotividad sin el control de la razón y, lógicamente, acaba potenciando los impulsos más ajenos al pensamiento. A ello contribuye la televisión, que se arma en función de spots cuya brevedad no permite el razonamiento, derivando en un medio que es casi exclusivamente transmisor de imágenes que golpean directamente sobre el plano emocional.

No es verdad que haya un público vengativo y reaccionario, sino que el impulso primario a la venganza lo tenemos todos. Si alguno de nosotros sufre una agresión, reaccionamos inmediatamente con un impulso retributivo, y quien lo niegue miente. Este impulso lo contenemos y lo manejamos porque tenemos introyectados límites racionales, pero si esos límites se suprimen por medio de un bombardeo de mensajes neutralizantes y desprestigiantes del uso de la razón, todos nos volvemos vengativos. Todo sentimiento, por noble que sea, se pervierte cuando no tiene una mínima guía de la razón.

Los comunicadores como otrora Bernardo Neustadt y ahora los de "Radio 10", no hacen otra cosa que neutralizar y desprestigiar el uso de la razón para dirigir y limitar los impulsos primarios que todos los humanos tenemos. Su técnica es sencilla: se trata de hacer que la razón funcione menos. Y ello es relativamente fácil, especialmente teniendo en cuenta la vieja afirmación del filósofo Martin Buber, cuando sostenía que no es exacto que el ser humano sea racional, sino que se trata de un ente que si bien no es racional tiene la posibilidad de llegar a serlo. En la medida en que se neutralice ese esfuerzo -y siempre es un esfuerzo--el ser humano, simplemente, sigue siendo irracional. Siempre nos cuesta realizar un esfuerzo, por lo que no es difícil convencernos de que es innecesario.

Los políticos/espectáculo de la derecha se montan sobre esa técnica, pero ante el singular éxito de éstos, los de izquierda se atemorizan y pretenden competir con la derecha en el mismo terreno. El resultado es un discurso político monocorde e incoloro, donde todos acaban diciendo lo mismo, es decir, tratando de mostrar convicción por las posiciones menos pensantes. En los Estados Unidos, la racionalidad estaba triunfando hace treinta años, cuando la Corte Suprema había declarado la inconstitucionalidad de la pena de muerte. El fin de los homicidios estatales parecía próximo, cuando Nixon -de triste

memoria- inauguró el camino del espectáculo. Ante el fracaso de los demócratas, Reagan retomó la táctica con singular énfasis, Bush cerró una de sus campañas electorales prometiendo más muertes y más penas, mostrando la chapa de un policía asesinado. Clinton puso a un académico como Secretario de Justicia, pero como la racionalidad le hacía perder votos, a poco andar lo cambió y optó por el mismo camino.

Nadie va a frenar las ejecuciones porque puede perder votos. Poco importa que asesinen a oligofrénicos, a negros, a niños, a inocentes condenados porque no pudieron pagar un abogado medianamente capaz. Si ese es el precio por los votos, se deja que mueran y se muestran esas muertes como proveedoras de seguridad. Basta que la gente lo siga creyendo, para que siga votando a los políticos que apoyan entusiastamente esas muertes. Menos aún se frenará esta corriente cuando los Estados Unidos han sobredimensionado su sistema penal hasta convertirlo en un monstruo de dimensiones descomunales, aumentando el número de presos y de controlados penalmente en diez veces en comparación con los que tenía hace tres décadas³. Esto no obedece a que con ello se proporciona mayor seguridad, sino a que de esta manera, el sistema penal demanda también diez veces más servicios y, por ende, se convirtió en un elemento indispensable para disminuir el desempleo en una economía tercerizada. Si el sistema penal norteamericano volviese a sus dimensiones tradicionales, con los índices de prisionización que había mantenido con ligeras variantes durante casi doscientos años, el índice de desocupación sufriría un increíble salto.

No importa que la pena de muerte, el aumento de penas y la profusión de leyes penales, la panpenalización, la expansión insólita de la amenaza penal y la banalización de ésta, no sirvan para lo que se dice que sirve. Tampoco importa que en la realidad no provea de ninguna seguridad, sino que, por el contrario, sirva para aumentar la corrupción, destrozando las instituciones policiales, poner en peligro la libertad política de todos, permitir aún más selección, eliminar las pymes del delito en beneficio de las grandes empresas criminales, promover secuestros y extorsiones, etc. Lo único que importa en el mundo globalizado es que la gente crea que en realidad todo eso le proporciona más seguridad y, además, que crea que la fuente de todos sus males son los ladrones callejeros, que los pobres son peligrosos, que son pobres porque no quieren trabajar, que la prostitución es producto del relajamiento de las costumbres, que los inmigrantes son culpables del desempleo, que los sueldos de los diputados impiden tener hospitales y escuelas decentes, y que por lo bajo

³ Nils Christie, *Crime Control as Industry, Towards Gulags, Western Style*. Londres, 2000.

se afirme que el judío tendero del barrio es el dueño del capital especulativo que succiona con la deuda externa.

En la medida en que el público siga creyendo esto, el sistema se mantiene equilibrado, es decir, los de arriba siguen arriba y los de abajo cada día más abajo. Hace ochenta años un sociólogo innovador y progresista en el contexto de su tiempo, Thomas, señaló que poco importa que un hecho sea o no verdadero, pues para que produzca los efectos reales es suficiente con que la gente crea que es verdadero. Si la gente cree que los marcianos invaden la tierra, se comportará como si lo hubiesen hecho y acabará provocando la misma catástrofe que hubiese producido la invasión real. Esta enseñanza fue tergiversada y el último pensamiento sociológico presentado por el saber social de la globalización la asume como técnica de control social, cuando afirma que la pena tiene valor simbólico, es decir, de mensaje. Es el mensaje que hace que

la gente crea en el sistema, aunque sea un mensaje falso y aunque con algún clip se le adjunten varios cadáveres. Lo importante es el mensaje y que la gente crea en su contenido. No importa que sea falso, lo importante es que la gente se tranquilice y no exija soluciones reales a los problemas, que el sistema no puede brindarle sin desequilibrarse.

Cuando una situación se desnormaliza, es decir, se considera injusta e inaceptable, no es cuestión de resolverla, sino de calmar a la gente para que todo siga igual y el público convencido de que se la ha resuelto. Si para ello es necesario matar a unos cuantos infelices, todo sea por el sistema, pues mucho peor sería su desequilibrio. Hace doscientos años se decía lo mismo: se negaba todo derecho de resistencia a la opresión, porque con ello se ponía en peligro al estado y se corría el riesgo de la guerra de todos contra todos. Cien años más tarde se dijo que la sociedad era un organismo y había que sacrificar las células infecciosas. Ahora se sostiene lo mismo, pero acabando por sacrificar a algunos de los más infelices. La diferencia estriba en que, por lo menos, los organicistas de hace cien años creían seriamente que con los sacrificios se evitaban los conflictos, en tanto que los funcionalistas y simbologistas actuales saben que eso es falso y lo confiesan, sosteniendo con singular sinceridad que lo único que persiguen es el mantenimiento del equilibrio del sistema.

En el estado espectáculo, con políticos/ espectáculo y con sociólogos que legitiman el espectáculo, el pensamiento patibulario goza de buena salud. La propaganda transnacionalizada de un sistema penal concebido como empresa productora de demandas de servicios que evitan el desempleo completa el panorama.

Esto explica que en lo académico nadie discuta la pena de muerte y que no haya manifestaciones de pensamiento patibulario entre los especialistas,

pero que éste goce de plena salud en lo político y en lo mediático. También explica que muchos que no lo comparten, sin embargo se manifiesten tímidamente en contra y no se lancen a una campaña abierta y fuerte. Y los políticos y los comunicadores que neutralizan los esfuerzos por la razón, que desprestigian el pensamiento, que proveen de formidable y constante estímulo a la simple emotividad de las mayorías, todos ellos marchan hacia el abismo. Nadie debe olvidar que, como este libro recuerda, las ejecuciones públicas fueron espectáculos importantes durante siglos, auspiciados por la nobleza europea registrada en el Gotha, hasta que un día siguieron reuniéndose, pero para ver cómo rodaban las cabezas de los nobles. Estaban cuidadosamente entrenados para no hacer uso de su capacidad razonante.

Eugenio Raúl Zaffaroni

Buenos Aires, Septiembre de 2000